
PLATINUM PEGASUS

Una luz para la sala de abajo

Un relato corto completo

Cuaderno de bolsillo 01 · Ficción original de estudio

Escritura original de estudio creada para este sitio. Estas obras son conceptos creativos, no fragmentos de los manuscritos de Ori Peretz ni declaraciones atribuidas a colaboradores externos.

Archivo generado (UTC): 2026-09-08T06:53:44Z

Esta es la fecha de generación del archivo, no una fecha de publicación del libro.

Una luz para la sala de abajo

Escritura original de estudio creada para este sitio. Estas obras son conceptos creativos, no fragmentos de los manuscritos de Ori Peretz ni declaraciones atribuidas a colaboradores externos.

La lámpara llegó en un cajón lo bastante alto para una persona. Nera ayudó al conductor a pasarla por la puerta del taller y luego se quedó mirando mientras él recogía las astillas del umbral. Bajo la paja había un pie de bronce, tres brazos curvos y una pantalla compuesta de piezas estrechas de vidrio ámbar. Alguien le había atado una etiqueta numerada al cuello. El cordel era nuevo; la lámpara llevaba mucho tiempo siendo vieja.

La casa de subastas la quería lista para el viernes. Limpiar el metal, sustituir el cristal dañado, retirar los restos de un aviso de papel de la base. La hoja de instrucciones la describía como una lámpara decorativa de un interior municipal. Nera conocía la sala. Había estudiado allí durante el invierno en que falló la calefacción de su piso. A la hora del cierre, el encargado pasaba de mesa en mesa con una regla de madera, dando un solo golpe junto al libro de cada lector.

La sala de lectura había cerrado en marzo. Un cartel atravesado en sus puertas anunciaba mejoras sin nombrar ninguna. Por una rendija, Nera había visto las mesas largas apiladas de canto. Ahora una de sus lámparas estaba en su banco de trabajo. Sin la sala alrededor, el objeto parecía casi vergonzosamente recargado. Unas hojas de laurel

trepaban por el pie. Una pequeña polilla de bronce descansaba bajo la pantalla, oculta para quien estuviera de pie. Ella se había sentado debajo durante meses sin saberlo.

El vidrio roto estaba en la parte trasera. Una fina ramificación de fracturas se extendía desde un tornillo, unida por una película de adhesivo amarillento. El parche de debajo se había hecho con vidrio de ventana corriente. Sobre el banco parecía tosco. Pero cuando puso una luz dentro de la pantalla, aquel pequeño parche transparente proyectó un rectángulo limpio sobre la madera. Las piezas ámbar suavizaban todo lo demás. Alguien había reparado una lámpara de lectura para que un lector pudiera ver.

Nera pasó un paño húmedo por debajo del papel de la base. La mayor parte del aviso se desprendió como pulpa gris. Quedaron cuatro palabras: POR FAVOR DEJEN ESTA. Recordó la mesa más cercana a las escaleras, donde un anciano solía desplegar planos de barcos. Llevaba una lupa colgada de una cinta. Cada vez que el encargado reorganizaba los muebles, él llegaba temprano y volvía a colocar su silla bajo la misma lámpara. No lograba recordar su nombre.

Al mediodía llamó la casa de subastas. ¿Había encontrado un cristal igual? Había encontrado uno parecido. ¿Podía hacer que la reparación no se notara? Eso llevaría más tiempo. La mujer al teléfono dijo que el comprador esperaría que la lámpara estuviera completa. «Está completa», dijo Nera, mirando el rectángulo luminoso. La mujer esperó. Nera oyó lo poco que ayudaban sus palabras y prometió enviar fotografías. Después de la llamada, puso el ámbar de repuesto junto al remiendo transparente.

Fotografió la pantalla a la luz del día y con la lámpara encendida. Después, la polilla de bronce, el interruptor desgastado y los restos del aviso. En la última imagen colocó un libro abierto bajo la zona

transparente. Envío las fotografías con dos opciones de reparación y precios separados. Una devolvería a la pantalla un ámbar uniforme. La otra conservaría la ventana transparente y aseguraría el vidrio circundante. Esperaba que eligieran la primera opción.

La tarde siguiente, una mujer con el abrigo oscurecido por la lluvia llegó al taller. Había visto las fotografías antes de que el catálogo entrara en imprenta. —¿Se sostendrá en una mesa corriente? —preguntó. Nera midió la base. —En una resistente. La mujer miró el taller y después la pantalla. Dijo que se llamaba Davin y que había comprado la vieja panadería de la calle Bell. Arriba estaría su piso. La sala de abajo aún estaba por decidir.

Nera imaginó otra tienda impecable: objetos muy separados entre sí, precios escritos en letra muy pequeña. Davin se quitó los guantes mojados. Quería una mesa para quienes esperaban mientras ella arreglaba su ropa. A veces venían con niños. A veces se quedaban después de terminado el trabajo porque no tenían ningún sitio al que necesitaran ir. Un vecino había ofrecido libros, aunque a ella le preocupaba la humedad. «Pensé que una buena luz podría convertirlo en una sala», dijo.

—¿Sabe que la han modificado? —preguntó Nera. Davin señaló con la cabeza el vidrio liso. —Eso fue lo que me gustó. Metió la mano bajo la pantalla y la giró despacio hasta que la zona transparente quedó frente a la silla. Sobre la palma de la mujer, la luz reveló una hilera de diminutos pinchazos junto a la uña del pulgar. Nera tenía las mismas marcas de coser cabezadas cuando el taller aún aceptaba trabajos de encuadernación. Sacó el segundo presupuesto.

La subasta fue el jueves. Superaron la puja de Davin dos veces y permaneció al teléfono más de lo que había previsto. A la mañana siguiente volvió sin el recibo de la lámpara. —Demasiado —dijo. Nera

se sintió tonta por haber imaginado toda la sala de abajo. Juntas miraron una sencilla lámpara de trabajo de hierro que colgaba sobre el banco. Estaba en venta, aunque Nera nunca le había puesto una etiqueta. Davin preguntó si iluminaría una mesa. Nera la encendió.

Quien compró la lámpara de bronce eligió el ámbar uniforme. Nera retiró el parche transparente, lo envolvió en papel de seda y lo incluyó con la reparación terminada, junto con una nota que explicaba dónde había estado. Conservó el contorno del aviso de papel en su informe de estado. A las cuatro, el cajón estaba cerrado. Sin la lámpara de trabajo de hierro, el taller parecía más pequeño. Trabajó bajo una bombilla desnuda hasta el martes siguiente.

El martes por la tarde fue caminando hasta Bell Street con una pequeña caja de libros. Habían limpiado el escaparate de la antigua panadería, pero las letras pintadas seguían sobre la puerta. Dentro, un niño hacía ejercicios de aritmética bajo la lámpara de hierro. Dos mujeres clasificaban botones en platillos. Davin había encontrado una mesa con una pata corta y le había puesto debajo un cuadrado de cartón doblado. Levantó la vista de un abrigo y pidió a Nera que sostuviera la manga.

Durante un rato trabajaron sin hablar. El niño apartó su cuaderno para hacer sitio a la caja. Nera pensó en la polilla de bronce viajando a un lugar que ella nunca vería, y en el vidrio transparente empaquetado junto a ella. Esperaba que leyera la nota. Entonces Davin giró un poco la lámpara y dejó la costura rasgada a la vista. Nera enhebró la aguja. Fuera, la luz que quedaba se retiraba de las letras de la panadería. Dentro, había suficiente.

Fin.

Acerca de esta edición de estudio

Escritura original de estudio creada para este sitio. Estas obras son conceptos creativos, no fragmentos de los manuscritos de Ori Peretz ni declaraciones atribuidas a colaboradores externos.

Versión del texto: studio-v1

Archivo generado (UTC): 2026-09-08T06:53:44Z

Esta es la fecha de generación del archivo, no una fecha de publicación del libro.

/es/house-review

Son rutas relativas del sitio web que proporcionó este documento; no se presupone ningún dominio público.